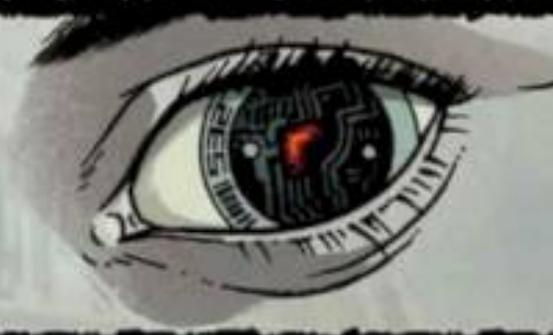


VIRTUAL LIFE

Visión



**MARIO
ESCOBAR**

¿Cómo será el mundo tecnológico en el que todos estemos conectados por el cerebro? Año 2134, los seres humanos viven confinados en las grandes ciudades cúpula entregados al ocio y la diversión mientras las máquinas realizan todo tipo de trabajos. Los humanos solo tienen que disfrutar de sus largas y placenteras vidas conectados, por medio de los implantes oculares, a la corporación Virtual Life. En el exterior de las ciudades cúpula solo hay desolación, la tierra está contaminada, igual que el agua que queda, no hay animales ni plantas y la vida humana es imposible.

«La realidad objetiva acaba de evaporarse».

Werner Karl Heisenberg

«El horizonte está en los ojos y no en la realidad».

Ángel Ganivet

«Los bulos (hoaxes) que circulan por internet usan la debilidad del ser humano para asegurar su replicación y distribución, utilizan los resquicios del Sistema Operativo Humano».

Stewart Kirkpatrick

«Nunca confíes en un ordenador que no puedas lanzar por una ventana».

Steve Wozniak

Prólogo

El superdeportivo se movía a gran velocidad por las calles de San Francisco (Cúpula 2204), mientras yo sentía la fuerza del motor en la yema de mis dedos aferrados al volante. Los viandantes se lanzaban a un lado y a otro, al tiempo que el Bugatti Veyron 26.9 derrapaba y se subía a una de las aceras de la empinada calle que llevaba hasta el puerto. El sol brillaba sobre la gran cúpula, y yo no quería que aquel momento terminase nunca. Unas luces rojas salieron de un lateral, y cuando miré de reojo por el retrovisor vi que un coche mixto de la policía de la Cúpula 2204 intentaba interceptarme. Pisé el acelerador y salí de la acera de hormigón amarillento para regresar al asfalto apelmazado de fijación inteligente. Los neumáticos parecían celebrar la vuelta a su elemento natural cuando di un volantazo y el Bugatti se puso sobre dos ruedas durante más de cinco segundos. Entonces percibí el primer parpadeo. Fue rápido, como un fogonazo de oscuridad que absorbía la luz, pero enseguida mis ojos contemplaron de nuevo la ciudad. Mi cara sentía el aire cálido y suave de California, al tiempo que la adrenalina parecía estallar en mi cerebro. Algunos llaman libertad a esta sensación; para un chico de quince años como yo es simplemente un juego.

El coche de policía logró ponerse a mi lado. Sus puertas blancas brillaban al lado del chasis negro, y los tapacubos con el escudo de la Cúpula 2204 soltaban destellos dorados. Desde la ventanilla me observó un policía de circulación versión 8.2. Aquel tipo de androide estaba unido al

vehículo, como los viejos cochecitos de metal de mi tata-buelo, pero con sus dispositivos de frenado, disparo o bloqueo podía detener un vehículo si lograba ponerse a un metro de distancia. Por eso aceleré, y mi superdeportivo voló sobre el tráfico que a esa hora llenaba las calles centrales de la cúpula. Entonces se produjo la primera larga desconexión.

Todo lo que había a mi alrededor se convirtió en cuadrículas grandes, como si hubiera llegado al *Game Over*. Los fuertes colores de los edificios dejaron paso a un desolado paisaje de casas medio derruidas, construcciones agrietadas y repletas de grafitis de pigmentos quemados por el sol.

Instintivamente miré hacia atrás. Ya no estaba en mi increíble superdeportivo de color negro y blanco, ni tampoco me perseguía una unidad especial de la policía de la Cúpula 2204. Estaba sentado en una clase en la que se impartían nociones básicas de manejo de matrices para la fabricación de aparatos de aire acondicionado, en una mesa mugrienta, cubierta por frases y nombres de los miles de alumnos que habían pasado por aquella escuela. Delante de mí, el androide de formación *Cum Laude* tenía sus veinte señales wifi conectadas a nuestras terminales de recepción de información. En el año 2134 nadie tenía que memorizar ni aprender nada. La placa base de la zona posterior del cráneo distribuía la información por nuestro cerebro de manera automática, y un niño de cinco años podía tener el mismo conocimiento que un abuelo centenario.

Miré a mi alrededor, angustiado. Nunca había visto esa aula antes. Que yo supiera, ya había terminado mis estudios básicos y llevaba un año en el Centro de Alta Tecnología Biorrobótica (CATB) de la Cúpula 2204. Aún vivía con mis padres, ya que las leyes de la corporación Life System, dueña de las cúpulas de la costa oeste, no permitían a ningún menor de dieciocho años vivir solo.

Cuando me puse en pie y observé al resto de mis compañeros, todos parecían hallarse en un estado catatónico. Noté que mis piernas fallaban, como si llevara muchas horas sentado. Contemplé mis musculosos brazos, pero, para mi sorpresa, lo único que vi fueron unos rollizos antebrazos y unos hombros caídos, que se disimulaban en parte por mi camisa a cuadros de manga corta.

El androide de formación *Cum Laude* me miró con sus ojos rojos, y con voz metálica me pidió que me sentara. Me sentía tan aturdido que, en lugar de hacerle caso, abrí la puerta de madera desvencijada y salí al sucio pasillo, cubierto de papeles y otros desperdicios. Caminé durante más de diez minutos, hasta que noté que las fuerzas me fallaban. Me sentía mareado y angustiado por aquel deprimente lugar. Antes de llegar a las escaleras me desplomé, y rodé hasta el piso de abajo.

Primera parte Interferencias

Capítulo 1

La sala de espera de Virtual Life Foundation parecía más el recibidor de un hotel de lujo que una anodina sala de hospital. Mis padres habían insistido en acompañarme, aunque el Transportador 24 me dejaba justo en la puerta del centro. Una de las muchas ventajas de vivir y trabajar en la Cúpula 2204 era que sus habitantes pertenecían a la Clase 1 de trabajadores altamente especializados, lo que les daba derecho a cien días de vacaciones al año, sin contar con los días propios y las fiestas anuales.

Mi padre era Marcos 2234, nacido en la Cúpula 1234, donde había conocido a mi madre en la fábrica de coches de lujo de la costa oeste. Mi madre era Adela 3356, una ingeniera robótica de la que había heredado mi amor por la biorrobótica. Se había criado en la Cúpula 2204, y muy pocas veces había salido de ella.

—No hacía falta que me acompañaseis, ya tengo 5.130 días —refunfuñé al ver que era el único chico que iba con sus padres a la consulta.

—Nos gusta acompañarte —respondió mi madre—. Somos una familia. Puede que el resto se conforme con ver a sus hijos virtualmente mientras cada uno come en su habitación, pero nosotros estamos chapados a la antigua.

Su aspecto juvenil le hacía aparentar apenas treinta años, aunque en realidad ya había pasado de los cincuenta. Una edad muy avanzada en mi mundo para continuar en activo. Solo las personas más cualificadas e importantes para el funcionamiento de las cúpulas retrasaban tanto el mo-

mento de la jubilación. La mayoría de los que alcanzaban esa edad eran destinados a las cúpulas de jubilación situadas en el sur del país. Mi madre era una de las ingenieras más importantes de nuestra cúpula, y los *ciudadanos* le habían dado permiso para trabajar durante cinco años más. Lo cierto es que ella lo había pedido para estar más tiempo conmigo y con mi padre, al que le quedaban cinco años para jubilarse. Era un gran sacrificio, ya que los jubilados no tenían que trabajar y eran mantenidos por los *ciudadanos* en las mejores cúpulas del país.

Por eso yo nunca había conocido personalmente a mis abuelos. Lo único que había visto de ellos eran dos figuras holográficas que nos felicitaban las Navidades y los cumpleaños.

—Cuando cumplas 6.570 días, serás adulto y trabajador de pleno derecho —dijo mi padre con el ceño fruncido—. Entonces no tendrás que aguantarnos.

—Marcos, no hace falta que seas tan brusco —replicó mi madre, que siempre terminaba defendiéndome.

Mi padre puso los ojos en blanco y se quedó callado, mientras se nombraba al último paciente por megafonía. Me levanté y contemplé la hermosa vista a través del gran cristal del hospital. Los bajos edificios de las urbanizaciones ajardinadas brillaban bajo el sol intenso del mediodía. Las piscinas, azuladas, parecían zafiros incrustados en medio del césped. Al fondo se veía el océano Pacífico, cuyas mansas aguas acariciaban las playas de California. Respiré hondo. Aquel era el mejor sitio del mundo para vivir.

Oímos mi nombre por megafonía y recorrimos el pasillo hasta el despacho 12, donde la doctora androide modelo 367 nos recibió con una sonrisa. Por ley, en cada planta del hospital tenía que haber un médico y una enfermera humanos, pero el resto del personal sanitario estaba compuesto por robots y androides. Los primeros se encargaban de las tareas generales y los segundos, de cubrir los puestos de atención médica al público.

—Bienvenidos, Daniel y progenitores. Nos alegra tenerlos en la Virtual Life Foundation —dijo la doctora androide. Tenía una belleza artificial que no podía competir con la humana, ya que estaba anclada permanentemente en el cuerpo de una mujer de treinta años. Además, los androides no dejaban de ser máquinas programadas con muy poca capacidad de respuesta y autonomía.

—Ya saben —continuó— que este centro fue diseñado para servir a los trabajadores de Clase 1 de la Cúpula 2204. Según el informe que me han enviado por telepensamiento, su hijo parece tener periodos de no virtualización. Es un síndrome poco frecuente, aunque hace años tuvimos algún caso. Los nuevos sistemas de lentillas de última generación nunca habían mostrado fallos, pero la tecnología, por ahora, no es perfecta.

La doctora me pidió que entrara en una sala contigua. Mi madre intentó seguirme, pero el androide le advirtió de que era zona restringida, y le impidió el paso.

El androide me indicó que me tumbara en una camilla azul, sobre un soporte metálico, y así lo hice. Después, un gran círculo giratorio bajó del techo. En su interior parpadeaban luces azules en círculos hasta una parte frontal en forma de espejo. Por un momento vi reflejados mis ojos verdes.

—Primero guardaremos en la memoria del ordenador las imágenes no virtuales que viste, para que quede constancia en el informe médico. Después las borraremos de tu memoria. Seguro que no es agradable acordarse de ellas, ¿verdad? —me preguntó la doctora androide con su artificial expresividad.

La idea no me hacía mucha gracia. Las leyes de las cúpulas prohibían extraer información de cerebros humanos; solo estaba permitido integrar conocimientos o mejorar las capacidades cognitivas de los individuos.

—¿No podría dejar las imágenes donde están? —contesté—. La verdad es que no vi gran cosa. Solo unas calles

sucias y mis brazos.

—¿Sus brazos?

—Sí, mis manos y mis brazos, pero parecían más gruesos de lo normal —respondí, extrañado.

—Comprenda que las lentillas espaciales pueden haber alterado la proporción o la forma de los objetos que percibe. También puede que haya sufrido algún tipo de interferencia. ¿Qué más vio?

—Parecía estar en una escuela o un centro de formación —dije, mientras la máquina circular empezaba a girar—, pero solo vi un aula, y después perdí el conocimiento.

—Enseguida arreglaremos esas anomalías, y podrá regresar a casa sin molestias —anunció el androide—. No podemos extirparle las lentillas, ya que forman parte de sus ojos. De hacerlo, corre el riesgo de perder la vista. Pero reconfiguraremos el programa, y de paso aprovecharemos para introducirle una versión más reciente. Por las molestias, Virtual Life le instalará un procesador más rápido y una tarjeta gráfica de última generación, y además le obsequiará con 2.500 juegos. Felicidades —añadió mecánicamente.

Hablar con un androide era como oír un anuncio. Ya no existía la televisión o el cine convencional; nuestros ojos eran los que recreaban el mundo construyendo diferentes historias alternativas, pero los anuncios aparecían por todas partes y según las preferencias del usuario.

La máquina circular empezó a silbar y girar. Me entró un profundo sueño, como si alguien hubiera desconectado mi cabeza. Cuando desperté, mis padres me observaban, angustiados.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco pálido —dijo mi madre, que siempre estaba preocupada por mi salud. Todas las mañanas me hacía tomar una ración doble de vitaminas y pastillas que actuaban como vacunas. Lo cierto es que nunca había estado enfermo, y el único dolor que había experimentado era el fuerte pitido que sentía cuando mis ojos empezaban a fallar.

Salimos del hospital y nos dirigimos al aparcamiento superior. Mi padre pilotaba una nave de desplazamiento privado; un lujo, pero él era el encargado jefe de producción de la Cúpula 2204. El coche se elevó sobre el edificio del hospital y contemplé la hermosa cúpula. La luz del atardecer lo cubría todo de destellos violetas. Fuera de las cúpulas, el calor abrasador sacudía los bosques y desiertos que nos rodeaban. La acción de la especie humana en los últimos cien años había alterado el clima hasta dar lugar a veranos e inviernos extremos, sin primavera ni otoño.

Las cúpulas se construyeron hace más de setenta y cinco años, por lo que yo formaba parte de la tercera generación de trabajadores de cúpulas con la misión de proteger y cuidar a la humanidad. En mi familia, el único que había nacido y vivido fuera de una de ellas era mi bisabuelo, pero hacía años que había sido trasladado a la cúpula de jubilación —aunque todos imaginábamos que ya lo habrían desconectado—. Mis padres conservaban las pertenencias de mi bisabuelo en su antigua habitación —Virtual Life solo le permitía llevar una pequeña maleta con una muda, puesto que la compañía proporcionaba todo lo necesario a sus jubilados en su nueva residencia—, algo que estaba prohibido. Por ley, debían haberlas quemado en la incineradora de casa, que expulsaba sus humos fuera de la cúpula.

Me gustaba pasar algunos ratos mirando las viejas cosas de mi bisabuelo, aunque, gracias a mi visión virtual, siempre parecían más bellas e interesantes de lo que realmente eran. Eso, sin embargo, lo ignoraba por entonces.

Cuando llegamos a casa, fui a mi habitación y pasé una desestresante sesión en mi *jacuzzi* de olas, que simulaba un baño marino. Después anulé el sistema wifi y me tumbé en la cama. Saqué el viejo diario de mi bisabuelo de debajo del colchón y empecé a leer. Todos sabíamos leer, aunque nadie lo hacía. En nuestro mundo todo se aprendía a través de imágenes.

El diario de mi bisabuelo estaba redactado en una prehistórica *tablet* Android, un objeto de una época ya lejana en la que se escribía con las manos y no con la mente. Comencé a leer, y apenas llevaba diez minutos cuando una idea me asaltó. ¿No tendría que ver la lectura del diario con mi disfunción? Un mes antes, tras la primera lectura, tuvieron lugar las primeras disfunciones de las lentillas. Ese pensamiento me inquietó, pero poco después estaba tan embebido en la lectura que no me importó correr el riesgo. Al fin y al cabo, la doctora androide me había asegurado que mis ojos estaban bien y que todo estaba arreglado.

La historia de mi bisabuelo y su llegada a la primera cúpula me parecía la aventura más excitante que había descubierto jamás. Mucho mejor que las que vivía a todas horas en mi mundo virtual. Por un momento pensé que la realidad a veces parecía muy apasionante, aunque todo el mundo en la Cúpula 2204 pensara justamente lo contrario.

Capítulo 2

Mi bisabuelo hablaba en su diario de las primeras cúpulas. Al parecer, había sido uno de los empleados que participó en la construcción de estas mastodónticas formas semicirculares diseñadas para proteger a la humanidad de la contaminación y del cambio climático. En su diario describía lo mal que lo habían pasado los empleados y las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse, pero lo que más me impresionó fueron las descripciones que hacía del mundo.

Yo nunca había visto las cosas que él relataba. La ventaja de las lentillas era que la realidad se convertía en algo más bello y emocionante, aunque nunca llegabas a sentir ni percibir las cosas tal y como eran. Para alguien como yo, que nunca había visto un mundo distinto al virtual, eso nunca había supuesto un problema...

No me di cuenta de que me había dormido hasta que abrí los ojos y miré a mi alrededor, a mi habitación de siempre. Había una inmensa cama redonda, algunos pósteres tridimensionales y dinámicos de mis actores favoritos y un armario, a pesar de que nuestra ropa consistía en cuatro prendas a las que virtualmente les añadíamos todo tipo de formas y colores.

Me puse delante del espejo y empecé a repasar mentalmente todos los modelos que tenía archivados. En la última actualización de *software*, la nueva función podía tener hasta cinco mil diferentes. Los chicos no solíamos perder mucho tiempo con esto. Simplemente elegí unos colores y formas al azar, y luego cogí mi *skate* propulsado. Pasé por la

cocina y vi a mi madre preparando los cereales especiales. Tomé un par de cucharadas, me despedí y, al salir a la calle, conecté el *skate*.

Aquel día había escogido un ambiente inspirado en Gotham City, la ciudad de Batman. Cuando mi monopatín empezó a tomar fuerza, disfruté de la sensación de velocidad que me producía el viento en la cara. La ciudad parecía más oscura y nublada de lo habitual. Vi a la gente con la indumentaria de las películas de Batman. Antes de llegar al CATB, ya me había visto envuelto en una fuga del Joker, uno de los enemigos más peligrosos de Batman.

Me sentía muy feliz de que me funcionara de nuevo el sistema. En el CATB de la Cúpula 2204 algunos se habían enterado de mis dificultades, y empezaban a llamarme *Interferencias* o *Cable roto*.

El primero que me esperaba en la puerta era Darius, aunque todos lo llamaban *Recolector*. Llevaba la ropa ajustada, y su gran barriga se escapaba por debajo de la camiseta. No le preocupaba su aspecto, por eso nunca había elegido otro tipo de fisonomía de cara a los demás. Los mechones pelirrojos le cubrían parte de la cara y colgaban por los lados de su gorra negra.

—Tío, ¿se puede saber dónde andas? —preguntó *Recolector*—. Hoy nos van a hablar del nuevo proyecto de androide. Al parecer es tan humano que apenas se puede distinguir de uno de nosotros.

Lo miré con indiferencia. Mi amigo podía ser muy gruñón. Se pasaba todo el día destripando aparatos inservibles, reliquias que ya nadie usaba, pero que para él eran un tesoro. Ninguno de los dos habíamos usado habitualmente nunca ordenadores, consolas, móviles o cualquier tipo de aparato electrónico, pero a él le gustaba arreglarlos y ponerlos en marcha. Desde hacía décadas toda la información estaba en Odesa, y nuestros ojos y nuestra mente eran el único *hardware* que existía en el mundo.